

LA VERDADERA HISTORIA DE
FRANK ZAPPA
M E M O R I A S

CON LA COLABORACIÓN DE
PETER OCCHIOGROSSO

LA VERDADERA HISTORIA DE
FRANK ZAPPA
M E M O R I A S

*Edición y traducción de
Manuel de la Fuente y Vicente Forés*

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

ESTE LIBRO ESTÁ DEDICADO A GAIL,
LOS CHICOS, STEPHEN HAWKING Y KO-KO.

F. Z., 23 de agosto de 1988, 06:39:37

ÍNDICE

Introducción: ¿Libro? ¿Qué libro?	9
1. ¿De verdad os parezco tan raro?	13
2. Vida de barrio	29
3. Una alternativa a la universidad	39
4. ¿Ya nos lo estamos pasando bien?	65
5. La cabaña de madera	101
6. Que siga la fiesta	109
7. Babea, Britania	119
8. Todo sobre la música	139
9. Un capítulo para mi padre	199
10. El que estabais esperando	210
11. Palos y piedras	221
12. América bebe y se pone a desfilas	229
13. Todo sobre los imbéciles	233
14. El matrimonio (como concepto dadá)	243
15. “La guerra del porno”	261
16. Iglesia y Estado	293
17. Conservadurismo pragmático	315
18. Fracaso	333
19. La última palabra	349

INTRODUCCIÓN

Book?

What

Book?

¿Libro? ¿Qué libro?

No me apetece escribir un libro, pero, aun así, voy a hacerlo porque me va a ayudar Peter Occhiogrosso. Es escritor y le *gustan* los libros. Incluso se los *lee*. Me parece bien que *todavía se escriban* libros, pero a mí me dan sueño.

Lo haremos del siguiente modo. Peter vendrá a California a pasar unas cuantas semanas conmigo grabando respuestas a '*preguntas fascinantes*' y después transcribirá las cintas. A continuación editará el texto, lo meterá todo en disquetes, me lo enviará, yo lo editaré *de nuevo* y le mandaremos *el resultado* a Ann Patty, de Poseidon Press. **Ella** lo convertirá en '**UN LIBRO**'.

Uno de los motivos de meterme en esto es la proliferación de libros estúpidos (en varios idiomas) que, por lo visto, hablan **sobre mí**. Pensé que debería haber *al menos UNO* que tratase **temas reales**. Os aviso de que este libro no intenta ser una especie de historia oral 'completa'. Su única finalidad es entretener.

DICHO ESTO, UNAS ACLARACIONES PRELIMINARES:

[1] *Una autobiografía, por lo general, la escribe alguien convencido de que su vida es poco menos que **realmente maravillosa**. No creo que **mi vida** sea de ningún modo maravillosa. No obstante, me atrae la oportunidad de decir cosas **por escrito** sobre diversos **asuntos tangenciales**.*

[2] *Se indicarán los casos en que aparezcan documentos y/o transcripciones.*

[3] *Los epígrafes que encabezan los capítulos (éstos son los detallitos que les encantan a los editores) son cosa de Peter: él los buscó e insertó. Lo digo porque no querría que nadie creyera que ando todo el día sin hacer otra cosa que leer a Flaubert, a Twitchell o a Shakespeare.*

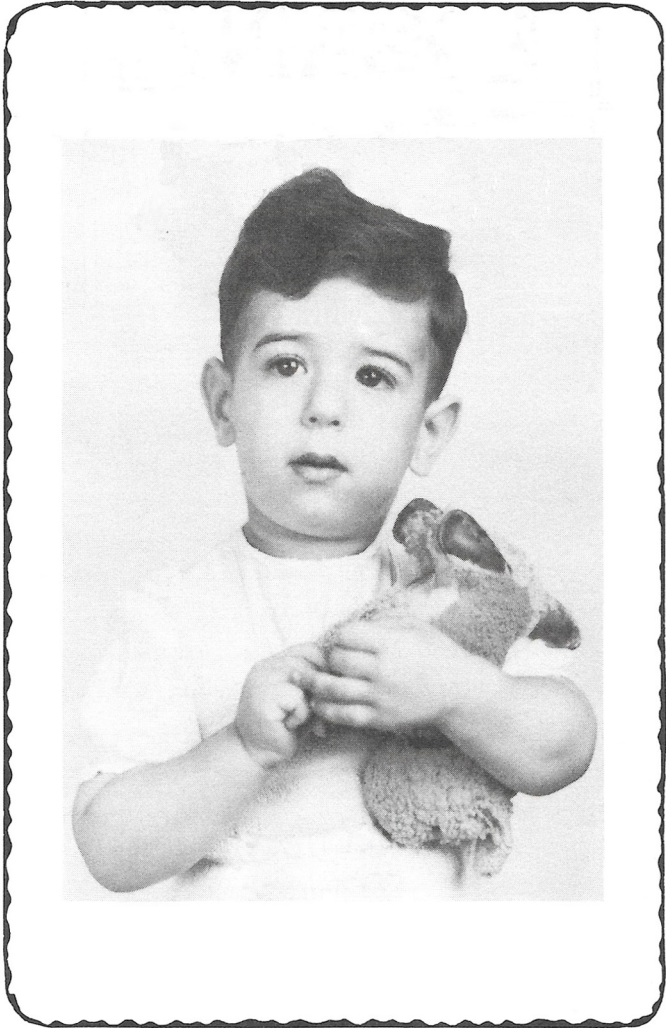
[4] *Te pido disculpas si tu nombre aparece en el libro y no querías figurar en él, o no compartes mis opiniones ni te agradan los comentarios que hago.*

[5] *Te pido disculpas si tu nombre no aparece en el libro y te ofende tan desconsiderada omisión.*

The Real

FRANK
ZAPPA

· B o o k ·



CAPÍTULO 1

¿De verdad os parezco tan raro?

How Weird Am I, ANYWAY?

“Nunca tuve la intención de convertirme en un tipo extravagante. Fue otra gente la que siempre me endilgó esa etiqueta.”

Frank Zappa (*Baltimore Sun*, 12 de octubre de 1986)

Este libro parte de la premisa de que hay alguien en alguna parte interesado en saber *quién soy, cómo llegué hasta aquí y de qué coño voy.*

Para contestar a la Primera Pregunta Imaginaria, voy a explicar **LO QUE NO SOY**. Aquí van dos conocidas ‘**Leyendas de Frank Zappa**’...

Como en el disco *Hot Rats* de 1969 grabé una canción titulada “Son of Mr. Green Genes”, la gente hace años que cree que el personaje llamado así en la serie de televisión *Captain Kangaroo* (interpretado por *Lumpy Brannum*) era mi ‘verdadero’ padre. Pues no.

Otra infundada habladuría sostiene que una vez *'me cagué en un concierto'*. Esta historia se ha enriquecido con muchas variantes, de las que me permito destacar algunas:

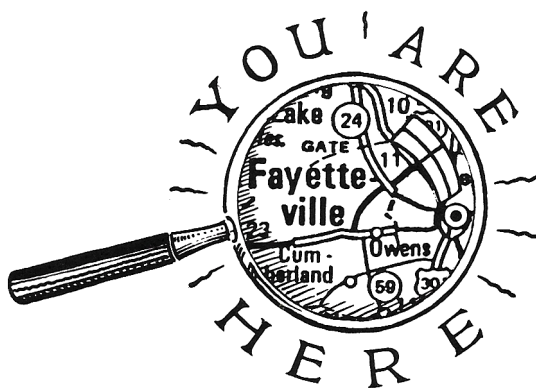
- [1] Me *comí* una mierda en un concierto.
- [2] Monté un 'concurso de guarradas' (¿qué cojones es un 'concurso de guarradas?') con *Captain Beefheart* y **ambos** compartimos mierda en el escenario.
- [3] Monté un 'concurso de guarradas' con *Alice Cooper*, él **pisoteó unos polluelos** y *después* yo me comí una mierda en el escenario, etc.

Hace unos años, en 1967 o 1968, estuve en un club de Londres llamado Speak Easy. Un miembro de The Flock (un grupo que en aquellos tiempos grababa para Columbia) vino y me dijo:

"Eres increíble. Cuando oí lo de que te comiste una mierda en un concierto, pensé: 'Este tío está muy, muy pasado.'"

Le dije: *"Nunca me he comido una mierda en un concierto"*. Me miró totalmente abatido, como si le acabara de romper el corazón.

A ver, que conste en acta: **Nunca he cagado en un concierto, y lo más cerca que he estado jamás de comer mierda fue en el bufé del Holiday Inn de Fayetteville, Carolina del Norte, en 1973.**



Más información importante para la gente que se pregunta lo que como

No me volvía loco casi nada de lo que me cocinaba mi madre, cosas como la *pasta con lentejas*. Ése era uno de los platos más odiosos de mi infancia. Nos preparaba en un gran puchero cantidad suficiente para una semana. Después de unos días en la nevera, se ponía todo de color negro.

Lo que **más** me gustaba comer era la tarta de arándanos, las ostras fritas y las anguilas fritas, aunque también me encantaban los *sándwiches de maíz*: pan blanco y puré de patatas con maíz de lata por encima. (Volveremos de vez en cuando a este fascinante tema, ya que parece que hay en el público bastante gente interesada.)

Lo básico y aburrido

“Sé regular y ordenado en tu vida para poder ser violento y original en tu trabajo.”

Gustave Flaubert

¿Qué os parece el epígrafe, eh? Peter, ya me da la risa con tus ocurrencias. Bueno, vamos allá... Mi nombre auténtico es *Frank Vincent Zappa* (no *Francis*, ya lo explicaré más adelante). Nací el 21 de diciembre de 1940 en Baltimore, Maryland. Cuando me asomé al mundo, tenía todo el cuerpo de color negro y creyeron que estaba muerto. Ahora estoy bien.

Soy de ascendencia siciliana, griega, árabe y francesa. La madre de mi madre era francesa y siciliana, y su padre era italiano (de Nápoles). Ella era de *primera generación*. La parte greco-árabe viene de mi padre. Nació en un pueblo de Sicilia llamado Partinico y llegó aquí de crío en un barco de inmigrantes.

Trabajaba en la barbería de su padre, en los muelles de Maryland. Por un penique diario (o semanal, no me acuerdo), se

encargaba de enjabonar, de pie sobre una caja, las caras de los marineros para que su padre los afeitara. *Bonito trabajo*.

Al final fue a la universidad en Chapel Hill, Carolina del Norte, y tocaba la guitarra en un trío de ‘*cantantes melódicos ambulantes*’ (todavía hoy recibo tarjetas de cumpleaños de la compañía de seguros de Jack Wardlaw, el que tocaba el banjo).

Iban por todas las ventanas de las residencias universitarias cantándoles a las alumnas un repertorio que mezclaba serenatas con canciones como “Little Red Wing”. Mi padre formaba parte del equipo de lucha y, cuando se graduó, se puso a trabajar como profesor de historia en Loyola, Maryland.

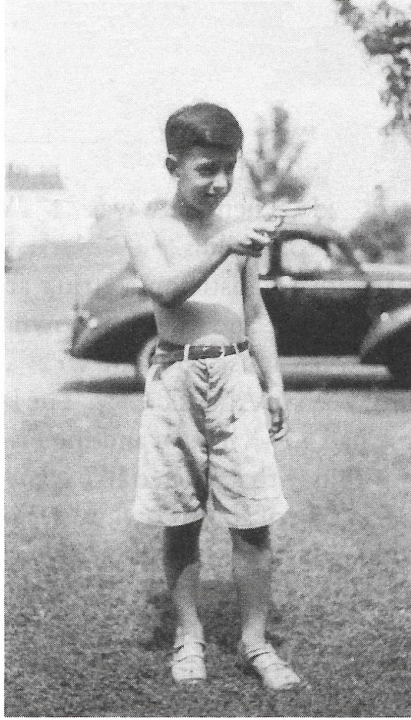
Mis padres hablaban italiano en casa cuando no querían que sus hijos se enteraran de la conversación, que normalmente era sobre dinero puesto que, por lo visto, nunca teníamos un duro. Supongo que les resultaba útil tener un ‘*código secreto*’, pero el hecho de que no nos enseñaran el idioma a lo mejor tenía algo que ver con ese deseo de integrarse (no estaba de moda ser de ‘extracción extranjera’ en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial).

Vivíamos en un complejo de viviendas del Ejército en Edgewood, Maryland. Teníamos de vecinos a una familia, los Knight, a los que mi padre llamaba “*ese hatajo de paletos*”. Un día, Archie Knight se puso a discutir con mi padre y recuerdo a continuación a mi padre corriendo a casa gritando: “*¡Tráeme la pistola, Rosie! ¡Tráeme la pistola!*”

Ahí fue cuando supe que teníamos una pistola (una del calibre 38 de acero cromado escondida en el cajón de los calcetines). Mi madre le suplicó que no le disparara. Por suerte, tuvo el sentido común de hacerle caso.

Debido a aquel incidente, descubrí dónde estaba la pistola, así que un día la cogí y recuerdo que pensé: “*¡Ésta es la pistola de petardos más guapa que he visto en mi vida!*”. A escondidas le metía *petardos* y también las ‘puntas azules’ que arrancaba de las antiguas cerillas de madera para la cocina.

Mis padres no sabían qué cara poner cuando vieron que me había cargado el percutor.



Los padres de mi madre tenían un restaurante ubicado también en los muelles de Maryland. Mi madre siempre nos contaba la historia de un tío que entró una vez en el restaurante y provocó una pelea. Creo que fue el padre de mi madre quien cogió uno de esos tenedores grandes que se usan para sacar las patatas del agua hirviendo y se lo clavó al tipo en todo el cráneo. No se murió, se fue corriendo con el tenedor clavado en la cabeza como si fuera una antena.



El padre de mi padre casi nunca se bañaba. Le gustaba sentarse en la terraza con un montón de ropa encima. Le encantaba el vino, y empezaba las mañanas tomándose **dos** vasos de *Alka-Seltzer*.

La madre de mi madre no hablaba inglés, así que nos contaba historias en italiano. Había una que iba sobre la *mano pelusa*, la mano peluda. “*Mano pelusa! Vieni qua!*”, decía con una ‘voz de abuela’ que te ponía todos los pelos de punta. Se supone que eso significa “*¡mano peluda, ven aquí!*”, y al decirlo me subía sus dedos por el brazo. Esto es lo que hacía la gente cuando no había televisión.

Entre mis primeros recuerdos de infancia también está mi trajecito de marinero con un silbato de madera que llevaba atado con una cuerda alrededor del cuello y las continuas peregrinaciones a la iglesia para practicar la genuflexión.

Durante un tiempo, yo entonces era muy pequeño, vivimos en una pensión. Creo que era en Atlantic City. La dueña de la pensión tenía un perro de raza *pomerana* que se comía el césped y vomitaba unas cosas que parecían *albóndigas blancas*.

Después vivimos en uno de esos adosados de la Avenida Park Heights de Maryland. La casa tenía el suelo de madera muy encerado y cubierto de alfombras. La tradición de aquellos días era que había que darle mucha cera a todo hasta que se te reflejase perfectamente la cara (recordad que no había televisión, con lo que la gente tenía tiempo para hacer esas cosas). La otra tradición era: *cuando papá llega del trabajo, hay que ir corriendo a la puerta para recibirlo*.

Una vez, mi hermano menor, Bobby, corrió más que yo para recibir a mi padre y llegó **antes** a la puerta (era una puerta con cristales pequeños). La abrió, abrazó a papá y la cerró. Yo, que iba corriendo, resbalé con la alfombra y atravesé el cristal con el brazo izquierdo. Querían llevarme al médico para ponerme puntos en el brazo, pero dije que no sin parar hasta que al final mis padres me pusieron en la herida un montón de tiritas y se me acabó quedando una cicatriz. Todo porque no soporto las agujas.

Además, tenía los dientes muy mal, de modo que mis padres me llevaban a un dentista italiano que tenía un aparato único: una mezcla de sierra mecánica y máquina de coser. Me metía esa cosa en la boca y empezaba a sonar: **fuudn-fuudn-fuudn-fuudnnnnn-nn**. Y sin anestesia. Aprendí a temer la palabra ‘**dentista**’.

Mis padres creían que su **obligación** era llevarme a un **dentista italiano** porque no se fiaban de esos dentistas ‘anglosajones’ (*que-seguro-que-eran-parientes-de-algún-paleta*), y así es como conocí al maligno **Dr. Rocca**. Le habría quedado perfecto el papel de monje malvado en *El nombre de la rosa*.

Mi primer casco espacial

Mi padre trabajaba de meteorólogo en la base militar de Edgewood. Allí fabricaban gas venenoso durante la Segunda Guerra Mundial, por lo que supongo que su labor consistiría en saber en qué dirección soplaría el viento cuando iban a soltar el gas.

Muchas veces me traía material del laboratorio para jugar: *vasos de precipitados, balones de destilación, plaquitas de Petri llenas de mercurio, y pegotes de mercurio*. Me pasaba el día en casa jugando con eso. Tenía todo el suelo de la habitación lleno de esa ‘mugre’ de mercurio mezclada con bolas de polvo.

Una cosa que me encantaba era verter el mercurio en el suelo y darle con un martillo, con lo que lo salpicaba todo. Yo **vivía** en mercurio.

Cuando salió el **DDT**, mi padre trajo un poco a casa. Teníamos una bolsa llena en el armario. No me lo comí ni nada de eso, pero él decía que **se podía** comer: se suponía que era ‘seguro’ y que *sólo mataba a los bichos*.

Los padres sicilianos siempre lo hacen todo *de manera diferente*. Si me quejaba de dolor de oídos, mis padres calentaban un poco de aceite de oliva y me lo ponían en la oreja: *eso hacía un daño de la hostia*, pero me decían que era para curarme. Cuando eres crío, no discutes esas cosas.

Me pasé los primeros cinco o seis años de mi vida con bolas de algodón en las orejas, *amarillas* por el aceite.



Aparte de los dolores de oídos y del asma, también tenía sinusitis y en mi barrio se empezaba a hablar de un ‘nuevo tratamiento’. Consistía en meter *radio* en las fosas nasales (¿alguna vez habíais oído una cosa similar?). Mis padres me llevaron a *otro médico italiano* y, aunque yo no sabía lo que me iban a hacer, aquello no pintaba *muy bien*. El médico tenía una cosa que era como un alambre (de unos 30 cm de largo o más aún) con una bola de radio en la punta. Me lo metió por la nariz y por dentro de las dos fosas nasales (debería comprobar ahora mismo si mi pañuelo brilla en la oscuridad).

Uno de los remedios maravillosos que acababa de salir por entonces era la *sulfamida*. En invierno hacía un frío que pelaba en aquella casa del número 15 de la calle Dexter. Las paredes eran tan finas como las de una caja de cartón. Nuestros pijamas de franela eran de aquellos antiguos de una pieza, con una abertura con botones en la parte trasera. Por las mañanas, para calentarnos, nos poníamos junto a la estufa de carbón de la cocina.

Pues bien, una vez, empezó a arder la abertura del pijama de mi hermano. Mi padre vino corriendo y apagó el fuego sólo con las manos. Se le quemaron totalmente, igual que la espalda de mi hermano. El médico les puso *sulfamida* y no les quedó ninguna marca.



Con el objetivo de llegar a fin de mes, mi padre se presentaba voluntario a los experimentos para estudiar los efectos de determinadas sustancias químicas (puede que incluso biológicas) diseñadas para el arte de la guerra. Se llamaban ‘*tests de parches*’.

El Ejército no te revelaba **qué** iban a ponerte en la piel, y tenías que comprometerte a *no rascarte ni mirar bajo la venda*. Pagaban diez dólares por parche y te los quitaban después de llevarlos durante un par de semanas.

Mi padre llegaba cada semana con tres o cuatro parches en los brazos y en diferentes partes del cuerpo. No tengo ni idea de qué

sustancias eran o qué efectos podrían haberle causado a largo plazo (a él o a alguno de los hijos que tuvo después de ponerse a hacer eso).



Daddy



Mommy



Franky



Bobby

Había bidones de gas mostaza a unos dos kilómetros de donde vivíamos, por lo que todos los vecinos de aquellos bloques teníamos que tener en casa una máscara de gas para cada miembro de la familia.

El gas mostaza hace que se te revienten los vasos de los pulmones, lo que provoca *que uno se ahogue en su propia sangre*.

Teníamos una percha al final del pasillo donde estaban todas las máscaras de gas de la familia. Yo siempre iba con la mía por el patio trasero de la casa: era mi casco espacial. Un día decidí comprobar cómo funcionaba, así que cogí un abrelatas y abrí el filtro (destrozando, de esta forma, la máscara). El caso es que descubrí lo que había dentro: carbón vegetal, filtros de papel y diferentes capas de cristales, incluido, creo, *permanganato de potasio*.

Pero antes de desparramar el gas mostaza en el campo de batalla, se usaba otra cosa llamada cloropicrina, una sustancia en polvo para inducir el vómito (lo llamaban “*el vomitador*”). El polvillo se colaba por los bordes de la máscara del soldado y le hacía vomitar. Si no se quitaba la máscara se podía ahogar en su propio vómito y, si se la quitaba (*para tirar los restos del vómito*), se le metía el gas mostaza.

Siempre me ha fascinado que haya gente a la que se le paga por averiguar estas cosas.

La segunda parte de mi infancia

La segunda parte de mi infancia (¿de veras queréis que os cuente este rollo?) transcurre casi toda en California, cuando contaba diez o doce años. Para empezar, os diré cómo llegamos allí.

Dado que yo siempre estaba enfermo en Maryland, mis padres querían que nos mudáramos. La primera vez que hui de allí fue cuando a mi padre le dieron un trabajo en Florida: otro puesto en la administración pública, esta vez en *balística*, en algo sobre trayectorias de proyectiles (estábamos todavía en la Segunda Guerra Mundial).

ALGUNOS RECUERDOS DE FLORIDA

[1] En la ciudad de Opa-locka había muchos mosquitos, con lo que si te dejabas una barra de pan fuera de noche, le salía pelo verde.



[2] De vez en cuando, teníamos que escondernos debajo de la cama y apagar las luces porque había quien creía que venían los alemanes.

[3] Mi padre 'confeccionaba margarina' apretujando un botón rojo sellado dentro de una bolsa de plástico con una sustancia blanca que, cuando se mezclaba, hacía que esta sustancia blanca se volviese de color amarillo, de manera que parecía mantequilla.

[4] Mi hermano tenía un forúnculo en el culo, y mi padre le sacaba el pus (puede que le sirviera la experiencia con la margarina). Hubo grandes alaridos.



[5] Me decían que tuviera cuidado con los caimanes porque a veces se comían a los niños.

[6] Todo parecía en tecnicolor en comparación con Baltimore.

[7] Jugaba mucho al aire libre, me subía a los árboles y al final me salió un hongo en el codo.

[8] No obstante, mi salud mejoró y crecí unos 30 cm.

[9] A mi madre le entró nostalgia y, como yo ya había logrado crecer, pensó que ya podía volver a Baltimore.



[10] Regresamos a Baltimore y volví a caer enfermo.

Edgewood, Maryland, estaba más o menos en el campo. Tenía un bosquecillo y, justo al final de la calle Dexter, había un riachuelo con cangrejos donde me pasaba el tiempo jugando con Leonard Allen.

Pese a que siempre estaba enfermo, me lo pasaba bien en Edgewood, pero cuando volvimos a Maryland no fuimos allí, sino a una especie de adosado en la ciudad que me parecía horrible.

Creo que a mis padres tampoco les gustaba mucho porque recuerdo que al instante ya estaban hablando de mudarnos a California. A mi padre le había salido otro trabajo en el *Campo de Pruebas de Dugway*, en Utah (donde fabricaban gas nervioso), pero nos libramos con mucha suerte: al final no lo aceptaron. Donde se colocó fue en la *Escuela Superior de Estudios Navales* de Monterrey, impartiendo clases de *metalurgia*. Yo no tenía ni puta idea de lo que era eso.

Así que, en pleno invierno, nos fuimos allá, a California, tomando la ruta del sur en un 'Henry-J' (un coche que ya no se fabrica, pequeño, cutre y tremendamente incómodo de la marca *Kaiser*). El asiento trasero del 'Henry-J' era de contrachapado, con un relleno de un dedo de fibra y tapizado de un material rígido con un poco de algodón. Me pasé dos semanas maravillosas montado en esa tabla de planchar salida del infierno.

Mi padre creía, como todos los de la Costa Este, que California era sol y calor todo el año. Hasta tal punto que, de camino hacia allí, nos paramos un momento en la zona de las Carolinas y le dio **toda** nuestra ropa de invierno a una familia de negros que estaban cerca de la autopista y que se quedó totalmente alucinada. Mi padre estaba convencido de que **nunca** nos volvería a hacer falta aquella ropa.

Cuando llegamos a Monterrey (una población costera al norte de California), hacía un frío que pelaba, con viento y niebla todo el rato. ¡Vaya!



Química en el norte de California



El trabajo de mi padre me obligaba a cambiar de colegio con cierta frecuencia. No es algo que me gustara especialmente, pero es que en aquella época no había **nada** que me pareciera divertido. Un 'fin de semana fuera' consistía en meterse en el 'Henry-J' e ir hacia Salinas, donde había muchos campos de lechugas. Íbamos detrás de los camiones, mirando si se caía alguna lechuga del remolque. Cuando caía una, mi padre paraba el coche, la recogía, le quitaba la suciedad del asfalto, me la tiraba al asiento trasero y nos íbamos a casa para *hervirla*.

No me gustaba ser pobre. Parecía que todo lo que quería hacer y que tenía pinta de ser *divertido* era demasiado caro, y cuando eres crío y no *te diviertes*, o te aburres o estás insatisfecho o todo a la vez.

Por ejemplo, me habría encantado tener un juego de química. En aquellos días, si tenías el *juego de química Gilbert completo*, el libro de instrucciones de ese juego te enseñaba a fabricar cosillas como *gas lacrimógeno*.

A los seis años de edad aprendí a hacer pólvora: me sabía los ingredientes y me moría de ganas de conseguirlos y ponerme a ello. Tenía toda la parafernalia química por casa, y jugaba a *fingir* que mezclaba los ingredientes, soñando que lograba que uno de mis mejunjes **explotara** de verdad.

En una ocasión creí haber dado con la fórmula para un nuevo gas venenoso cuando un líquido con el que estaba trabajando (compuesto en su mayor parte de limpiacristales) entró en contacto con un poco de zinc.

Mi padre quería que fuera ingeniero. Creo que se le fue la idea cuando vio que sacaba malas notas en matemáticas y en las asignaturas de ciencias.

Cuando ibas a sexto te hacían una especie de test de preferencias que se llamaba *Kuder*. Tenías que seleccionar una serie de

casillas en una página y pinchar en ellas con un alfiler. Se suponía que el test indicaba *cuál era el trabajo más adecuado para ti durante toda la vida*. Mis resultados decían que mi destino era ser oficinista. Saqué la máxima puntuación en ‘estudios administrativos’.

El problema principal de mi etapa en el colegio era que todas aquellas cosas que intentaban enseñarme no coincidían con las que me interesaban a mí. Yo había crecido con gas venenoso y explosivos, con los hijos de quienes se dedicaban a fabricar esas sustancias. ¿Qué coño me importaba a mí el álgebra?

Las cosas del viejo garaje

Nos mudamos de Monterrey a un pueblo muy tranquilo que está cerca de allí, Pacific Grove. Me pasaba el tiempo libre haciendo muñequitos y maquetas de avión, así como explosivos con cualquier ingrediente que llegara a mis manos.

Un día, me dijo un amigo mío: “*¿Ves ese garaje de enfrente? Lleva años cerrado. Me gustaría saber qué hay dentro*”.

Nos colamos escarbando por debajo de la pared lateral. En el garaje había un montón de cajas llenas de balas de metralleta del calibre cincuenta. Robamos unas cuantas, les quitamos la parte superior con unos alicates y extrajimos la ‘pólvora’. Pero aquella supuesta ‘pólvora’ estaba formada por unas lentejuelas pequeñas de color negro verdoso (creo que eso se llamaba *balistita*). Pertenecía a la familia de la pólvora que no produce humo (nitrato de celulosa). Era la primera vez que la veía.

Pusimos un poco de pólvora dentro de un rollo de papel de váter, lo metimos en un montón de basura de un descampado y lo encendimos usando de mecha *cordones de colores* (esa cosa de plástico brillante para hacer llaveros en las acampadas de verano).

Cuando la *balistita* no está bien apretada produce una lluvia de pequeñas bolas de fuego de color naranja amarillento.

Pero lo mejor fue que había otra cosa que también explotaba: *las pelotas de pimpón rellenas de pólvora*. Nos pasábamos horas

limando pelotas de pimpón con una lima redonda hasta convertirlas en polvo. Se me ocurrió hacerlo así cuando leí un artículo sobre un tío que se había escapado de la cárcel fabricando una bomba con naipes. En el artículo ponía que los naipes estaban recubiertos de una especie de material de celulosa, y el preso había raspado todas las cartas y había acumulado la *pólvora extraída del plástico*.

La carcasa que usó para fabricar la bomba era un rollo de papel de váter envuelto en cinta adhesiva negra (que contiene alquitrán). Consiguió que explotara y salió de la cárcel, y eso a mí *me dio una idea*.



De cómo casi me vuelo los huevos



En las tiendas de maquetas vendían pistolas de petardos *de un disparo*. Eran mejores que las que tenían tamborcito porque contenían más pólvora y hacían más ruido. Me pasé horas con el cúter quitando el papel que estaba pegado y guardando las cargas de los petardos en un bote. Además, tenía otro bote lleno de la pólvora semiletal de las pelotas de pimpón.

Una tarde, estaba yo en el garaje de mi casa, un garaje destaralado y viejo, con un suelo de barro, como el sitio de las balas de metralleta. Acababa de pasar la fiesta del 4 julio y los desagües de las calles estaban aún llenos de *tubos de fuegos artificiales*. Había recogido unos cuantos, y estaba rellenando uno con mi *fórmula secreta*.

Tenía un tubo justo entre las piernas y le estaba metiendo una capa de esto y una capa de aquello, introduciendo cada capa en el tubo usando la punta de una baqueta de batería.

Cuando llegué a la capa de los petardos de un disparo, se ve que apreté demasiado fuerte y la carga prendió. La explosión dejó un gran cráter en el suelo de tierra, llegó a abrir las puertas y me tiró hacia atrás unos pocos metros, con los huevos por delante. Cielos, *casi* podría haber escapado de la cárcel con esa explosión.

El fin de mi carrera científica

A pesar de aquel incidente, aún seguía mi interés por las cosas que hacían **pum**.

Hacia 1956, tenía un amigo en San Diego al que también le gustaban los explosivos. Llevábamos como un mes haciendo experimentos cuando nos dio por coger un bote de mayonesa de un litro y rellenarlo de *combustible sólido para cohetes* (con zinc en polvo y azufre al cincuenta por ciento) y *polvo de bomba fétida*.

En el instituto se celebraba la Jornada de Puertas Abiertas y fuimos en autostop al colegio. Habíamos cogido el bote de mayonesa y algunas tazas de cartón de la cafetería. Las rellenamos, se las pasamos a nuestros amigos y las encendimos (mientras íbamos por los pasillos, con todos los padres sentados en las aulas mirando los horarios del curso de sus retoños).

Al día siguiente tenía la taquilla (donde había almacenado la jarra con los restos de la fórmula) cerrada con un alambre.

Al poco tiempo, en la clase de inglés de la Srta. Ivancic, recibí la invitación de ir al despacho del director para conocer al responsable de incendios del colegio.

Me expulsaron del colegio, y me iban a poner en libertad vigilada, pero mi madre le suplicó al agente de libertad vigilada (que, por casualidad, era italiano) para que no lo hiciera, explicándole que iban a trasladar a mi padre de San Diego a Lancaster: de modo que me libré. Es así como acabó la primera fase de mi carrera científica.

